

# Instantes III

Alejandra Vega



## Capítulo 1

De noche, sonriendo, con esa camisa blanca que ella no conocía, se despedía él no sabiendo que era la última vez que la veía así, sonriente también y tranquila.

Ella no sabía que esa camisa blanca la había comprado sólo para verle y el desconociendo que más que sonriendo, ella por dentro estaba hipnotizada por sus labios entreabiertos, que antes sólo se entreabrían para besarla; y lo miraba, casi desconcertada no sabiendo el motivo de esa partida. Con sabor a insertidumbre quizás pasaba un nudo en su garganta y ninguno de los dos imaginaba que no habría más después de esa partida.

Allá donde llora la Venus triste, ve partir a otro amante, perdiéndose en la sombra y el silencio, y calla esperando paciente su propia despedida.

Y ellos se miran, descargándose el amor en el tiempo, pidiéndose los perdones nunca dichos, volviendo al tiempo del cabello despeinado y las risas del violín ya casi muerto, enrollados en las sábanas, las mismas blancas de aquellos tiempos de amor pasados.

Ella tira la mirada al piso, él se le queda mirando con ausencia, con ganas de separarle los labios con los suyos y prometer otros sueños no cumplidos, pero solo la mira, rezando por que se vuelvan de fuego esas miradas y derritan el hielo que la separación iba poniendo. Temblando porque el cabello de ella era manipulado por un viento perverso y le acariciaba la mejilla, como cuando las manos de ella lo hacían con un talento innato, poniendo en su lugar todos los trocitos de lo que dentro se le iba desmoronando; era lento y tranquilizador como para ella las sábanas de la cama en que él dormía o la mirada de un amanecer con Venus de frente y de testigo.

Él era el hombre más hermoso para ella, al menos esa noche divisaba en él unos rasgos más tranquilos, y se veía como una causa ya cumplida. Tenía lo bello de la existencia, humilde y pasajera. Ella se enamoró y lo odió mil veces esa noche, en que se paraba ahí, distante y pleno, en la puerta de una casa donde ya no vive nadie, y se despedía con la mirada más de amor que de costumbre, en una hora en la que la gente más despierta que dormida, se ha olvidado de ayer y empieza el día pensando más en principios que en finales.